

La migración en la montaña española, 1860–1991: construcción de una serie histórica

Fernando Collantes Gutiérrez

Revista de Demografía Histórica, XIX, I, 2001, segunda época, pp. 105–137

Resumen

En este artículo se presenta una serie histórica de los movimientos migratorios definitivos registrados en las zonas de montaña españolas durante el período 1860-1991. Los resultados obtenidos se basan en una serie de supuestos de trabajo que, junto con el método utilizado (el del balance intercensal) y las fuentes empleadas (los censos de población y las estadísticas oficiales de movimiento natural de la población), son valorados de forma crítica, para llegar a la conclusión de que los resultados son válidos para realizar un análisis comparado de trayectorias históricas a largo plazo en las distintas zonas de montaña. Tal análisis muestra que la emigración se mantuvo en niveles moderados pero no despreciables hasta 1950 en toda la montaña, con la excepción del Pirineo, que conoció importantes salidas de población durante la segunda mitad del siglo XIX. A partir de 1950, y sobre todo hasta los años setenta, la emigración se aceleró, y alcanzó mayores cotas en las sierras interiores y meridionales que en las septentrionales.

Palabras clave: Montaña española, migración, método del balance, despoblación, crecimiento vegetativo de la población.

Abstract

It is propounded a time series for definitive migratory movements in Spanish mountain areas during the 1860-1991 period. The results are based in a set of assumptions which is critically reviewed together with the method (based on intercensus balance) and sources (population census and natural-movement-of-population statistics) employed; it is reached the conclusion that the results are valid if used for a comparative analysis of historical trajectories in the long run. Such an analysis shows that out-migration was relatively low everywhere until 1950, with the exception of the Pirineo, where population out-flows

were considerable in the second half of the 19th century. From 1950, and especially until the 1970s, out-migration was much higher than before, and was comparatively higher in the central and southern mountain areas than in the northern ones.

Keywords: Spanish mountain areas, migration, intercensus balance method, depopulation, natural population growth.

1. Objetivo, metodología y fuentes

Las intenciones de este trabajo son, ante todo, empíricas: se pretende ofrecer una serie histórica de los movimientos migratorios definitivos registrados en las zonas de montaña españolas durante el periodo 1860-1991.¹ Para ello se utilizará el método del balance intercensal o método de los saldos, que calcula el saldo migratorio neto como diferencia entre la variación real de la población y el crecimiento vegetativo. Las principales fuentes serán los censos de población y las estadísticas sobre movimiento natural de la población (en adelante, MNP).

Dejando al margen por el momento las objeciones que cabe hacer tanto al método como a las fuentes, el principal escollo para la construcción de esta serie histórica consiste en la ausencia generalizada de datos sobre crecimiento vegetativo de las zonas de montaña en las fuentes señaladas, lo cual prácticamente obligaría a trabajar de forma artesanal con las distintas fuentes locales de cada una de las zonas, tarea cuyo coste sólo puede ser acometido por investigaciones de corte microanalítico. Aunque, por lo general, las estadísticas de MNP no presentan datos a un nivel suficientemente desagregado, sí lo hacen para los periodos 1886-1892 y 1975-1991. Para estos periodos, será posible aplicar el método del balance con toda propiedad. Sin embargo, para el resto de periodos, será preciso establecer una aproximación fiable del crecimiento vegetativo de cada una de las zonas de montaña. Tres son los supuestos de trabajo que, en este sentido, manejaré:

(A) La tasa de crecimiento vegetativo (en adelante, TCV) de cada comarca de montaña es igual a la TCV de la provincia a que pertenece.²

1 La delimitación empleada de zonas de montaña, en el apéndice A1.

2 García Barbancho (1960; 1963) empleó este supuesto para obtener saldos migratorios a nivel municipal.

(B) La TCV de la comarca de montaña es igual a la TCV de la zona rural de su provincia, entendiéndose por tal lo que queda de la provincia después de restar la capital.³

(C) La TCV de la comarca de montaña es igual a la TCV de la zona rural de su provincia, entendiéndose por tal lo que queda de la provincia después de restar la capital y otras ciudades de cierto tamaño.⁴ En concreto, me refiero a aquellas ciudades para las que, precisamente por su tamaño, se dispone de datos individualizados de MNP (antes de 1950, las que tenían más de 10.000 habitantes; a partir de esa fecha, las que tenían más de 20.000). De esta forma, bajo este tercer supuesto, las áreas rurales son objeto de una definición que no es espacialmente constante a lo largo del tiempo. Asimismo, cuando uno de estos ayuntamientos grandes esté incluido en alguna de las comarcas de montaña objeto de estudio, se calculará la TCV de la comarca aplicando al ayuntamiento grande la TCV que le corresponda y, al resto de ayuntamientos, la TCV «genérica» obtenida de acuerdo con este supuesto de trabajo.

Más adelante, argumentaré que estos supuestos son admisibles si el uso que se da a los resultados así obtenidos responde fundamentalmente a la intención de elaborar un análisis comparativo por grandes agregados montañosos y a largo plazo. Por el momento, pido al lector que confíe en esta promesa mientras expongo los principales resultados.

3 Esta definición de lo rural ha sido ampliamente utilizada en nuestra historiografía, sobre todo para periodos anteriores a la guerra civil; verlo así en Dopico y Reher (1998: 63-64), Erdozain y Mikelarena (1996: 95), Gómez Díaz (1993: 53), Mikelarena (1996: 90) y, más allá de la guerra, García Barbancho (1967a: 30). Aunque todos ellos son conscientes de la simplificación que este supuesto conlleva, consideran que no afecta en lo esencial a unos resultados que, por otra parte, y siguiendo a Mikelarena (1996: 90), tampoco está muy claro de qué otra forma podrían conseguirse, dados los condicionamientos informativos existentes. Para periodos posteriores, cabe pensar que el supuesto es menos válido en la medida en que, por ejemplo, aumenta el número de ciudades con saldo migratorio positivo que no son capital de provincia; ver García Barbancho (1967a: 31; 1967b: 22).

4 Este supuesto, aunque creo que no ha sido utilizado de forma sistemática por ninguna investigación, viene motivado precisamente por esa objeción que puede hacerse al supuesto (B) una vez que aumenta el número de ciudades grandes y la natalidad de las zonas rurales comienza a caer por debajo de la de las ciudades; ver en este sentido la crítica de Puyol (1979: 87-88) a García Barbancho.

2. Obtención de los principales resultados

Los cuadros 1, 2, 3 y 4 presentan los diversos resultados obtenidos. Para el periodo 1860-1877 (cuadro 1), se ha tomado como saldo vegetativo medio el saldo vegetativo medio correspondiente al subperiodo 1861-1870, ante la falta de datos para el subperiodo 1871-1877. Asimismo, las disponibilidades estadísticas también han impedido realizar los cálculos correspondientes al supuesto (C). Realizados dichos cálculos bajo los supuestos (A) y (B), se aprecia que la TCV estimada para la montaña es superior bajo el supuesto (B). Esto responde a un escenario provincial en el que la TCV de las zonas rurales (entendidas como lo que queda de la provincia después de restar la capital) es mayor que la TCV de la capital. En consecuencia, la TM de la montaña arroja valores más negativos bajo este supuesto (B).

Para el periodo 1878-1900 (cuadro 2), he optado por tomar como saldo vegetativo medio el saldo vegetativo medio del subperiodo 1886-1892, que tiene la ventaja de venir desagregado a nivel de partidos judiciales. En el Apéndice A2 presento la correspondencia que he establecido entre estos partidos y las comarcas agrarias que constituyen el marco espacial de esta investigación.

A partir de 1901, y hasta 1970 (cuadro 3), el tratamiento de la información ha podido ser homogéneo, ya que ha sido posible aproximar la TCV de acuerdo con los tres supuestos establecidos. Para algunos años muy concretos, sin embargo, no se dispone de todos los datos de MNP necesarios para trabajar de acuerdo con el supuesto (C), en especial de la información referente a algunos ayuntamientos grandes de algunas provincias.⁵ En estos casos, he aproximado el saldo vegetativo medio de estas ciudades a lo largo de la década correspondiente a través del saldo vegetativo medio calculado con los datos de los años para los que sí se dispone de la suficiente información.

La comparación de los resultados obtenidos entre 1901 y 1970 bajo los distintos supuestos de trabajo resulta muy esclarecedora. Durante

⁵ He detectado lagunas no relacionadas con los umbrales establecidos para presentar datos municipales: Villagarcía de Arosa (1911 y 1912), Burriana (nacimientos de 1921), Villarreal (nacimientos de 1921), Calahorra (1921, defunciones de 1924, nacimientos de 1925 y nacimientos de 1926), Tudela (defunciones de 1921, defunciones de 1924 y defunciones de 1928), Aranjuez (nacimientos de 1965), Getafe (nacimientos de 1965); faltan asimismo los años 1934-1940, para los que se carece de este tipo de datos municipales.

CUADRO 1
Algunas variables demográficas, 1860-1877

	TCD	Supuesto				
		(A)		(B)		Saldo
		TCV	TM	TCV	TM	
TOTAL	0,1	7,2	-7,1	7,9	-7,8	-313.416
NORTE	-0,2	8,4	-8,6	8,9	-9,1	-151.226
PIRINEO	-6,5	5,2	-11,7	5,9	-12,5	-72.678
INTERIOR	1,5	4,5	-3,1	5,2	-3,7	-35.754
SUR	3,9	9,5	-5,7	10,6	-6,7	-53.758
Galaico-castellana	-1,6	7,2	-8,8	7,3	-8,9	-56.440
Astur-leonesa	1,5	10,4	-8,8	10,8	-9,3	-66.207
Cantábrica oriental	-1,1	6,5	-7,6	7,7	-8,8	-28.580
Pirineo navarro-aragonés	-3,3	5,5	-8,8	6,3	-9,6	-30.028
Pirineo catalán	-10,2	4,7	-15,0	5,5	-15,8	-42.650
Ibérica Norte	-0,6	5,4	-6,0	5,8	-6,4	-11.141
Central	1,2	3,1	-1,9	3,8	-2,6	-10.260
Ibérica Sur	2,7	5,6	-2,9	6,3	-3,6	-14.353
Bética	5,7	8,8	-3,1	9,6	-3,9	-17.789
Sub-bética	1,5	10,6	-9,1	11,9	-10,5	-35.969

OBSERVACIONES:

1. TCD: tasa de crecimiento demográfico = (saldo demográfico medio / población media entre 1860 y 1877) * 1000.
2. TCV: tasa de crecimiento vegetativo = (saldo vegetativo medio / población media entre 1860 y 1877) * 1000. Se ha supuesto que el saldo vegetativo medio del subperiodo 1871-1877 (para el que no existen datos) es igual al del subperiodo 1861-1870.
3. TM: tasa migratoria = TCD - TCV.
4. «Saldo»: saldo migratorio neto total = TM * número de años del periodo * (población media entre 1860 y 1877) / 1000.

FUENTE: Elaboración propia a partir del MNP de 1861-1870, y los censos de población de 1860 y 1877.

las seis primeras décadas del siglo XX, existe una pauta general clara, cual es el mayor valor de la TCV calculada según el supuesto (C), seguido por el (B) y, finalmente, por el (A). Esto confirma la intuición comentada para 1860-1877: nos encontramos en un modelo demográfico en el que el crecimiento vegetativo de las zonas rurales es mayor que el de las zonas urbanas, lo cual hace del supuesto (C) el más indicado en principio para aproximar la TCV de las zonas de montaña, al tratarse del supuesto que capta con mayor precisión el área rural de cada provincia. Esta virtud cobra especial importancia en un contexto como éste, de reproducción demográfica diferencial a favor de las áreas rurales.

CUADRO 2
Algunas variables demográficas, 1878-1900

	<i>TCD</i>	<i>TCV</i>	<i>TM</i>	<i>Saldo</i>
TOTAL	0,5	4,4	-3,9	-204.918
NORTE	1,3	4,0	-2,7	-60.184
PIRINEO	-3,3	5,5	-8,7	-60.004
INTERIOR	0,7	4,5	-3,8	-47.630
SUR	1,1	4,6	-3,4	-37.101
Galaico-castellana	1,3	2,0	-0,7	-5.962
Astur-leonesa	1,4	4,7	-3,3	-31.106
Cantábrica oriental	1,1	6,6	-5,5	-23.116
Pirineo navarro-aragonés	-2,3	6,5	-8,8	-33.610
Pirineo catalán	-4,5	4,2	-8,7	-26.394
Ibérica Norte	-1,4	4,8	-6,2	-13.572
Central	1,7	4,6	-2,9	-14.913
Ibérica Sur	0,7	4,3	-3,6	-19.144
Bética	3,6	3,4	0,2	1.243
Sub-bética	-2,5	6,3	-8,8	-38.344

OBSERVACIÓN: como saldo vegetativo medio del periodo, se ha tomado el saldo vegetativo medio de 1886-1892.
 FUENTE: Elaboración propia a partir del MNP de 1886-1892, y los censos de 1877, 1887 y 1900.

La pauta general de TCV ascendente conforme pasamos de (A) a (C) sólo parece quebrarse con cierta regularidad en la década de 1930, en la que los resultados presentados muestran una TCV mayor bajo (B) que bajo (C). Cabe atribuir esta anomalía a las peculiares circunstancias en que he calculado los resultados según el supuesto (C), ya que sólo disponía de datos para ayuntamientos grandes para los años 1931, 1932 y 1933. Dado que para las capitales sí ha sido posible trabajar con datos referidos a toda la década, y teniendo en cuenta la sobremortalidad urbana asociada al conflicto bélico (y, por tanto, el crecimiento vegetativo especialmente bajo en las capitales), es normal que, si los datos en los que se basa (C) no recogen tal contexto bélico, se tenga el resultado, un tanto extraño, de que la TCV de las zonas rurales entendidas como lo que queda de la provincia después de restar la capital es mayor que la correspondiente a una definición más amplia de lo urbano. En las décadas sucesivas, con una información estadística más regular y sin las distorsiones introducidas por la guerra civil, la pauta comentada se mantiene a grandes rasgos.

Este escenario de reproducción diferencial rural se alteró en la década de 1960, si bien hay que hacer notar que en algunas áreas el cambio ya era perceptible desde los años cuarenta. Pero fue en los sesenta cuando el fenómeno se generalizó: la pauta se invirtió y, a partir de ese momento, el supuesto (A) devuelve la mayor TCV de las zonas rurales y el (C) la menor. Esto refleja el paso a un esquema de reproducción diferencial urbana. En estas condiciones, una vez más, resulta necesaria la precisión del supuesto (C) o, como mínimo, del (B) a la hora de caracterizar las zonas rurales, en vista de las diferencias existentes entre éstas y las zonas urbanas de cada provincia (aunque, a partir de ahora, se trata de diferencias en el sentido contrario al habitual).

Los resultados para el periodo 1971-1991 (cuadro 4) se basan en los datos de MNP a nivel municipal, y por ello las TCV y TM obtenidas son todo lo válidas que el lector considere al método del balance (asunto en el que entraré a continuación). Debo hacer, sin embargo, una salvedad: ante la ausencia de datos municipales para los años 1971-1974, he supuesto que el saldo vegetativo medio durante esos años fue el mismo que durante el periodo 1975-1981. Éste, como todos los supuestos realizados con anterioridad, será objeto de una valoración crítica en el siguiente apartado.

3. Valoración crítica de los resultados

1. La valoración crítica de los resultados precedentes puede organizarse en torno a dos bloques temáticos: en primer lugar, sería interesante enjuiciar de alguna forma la capacidad de cada uno de los tres supuestos de trabajo utilizados para captar la realidad histórica de las zonas de montaña; en segundo lugar, hay que comprender la forma en que algunos problemas relacionados con las fuentes pueden estar distorsionando los resultados finales. Antes de afrontar estos temas, sin embargo, no es ociosa una referencia a la validez intrínseca del propio método utilizado, el del balance intercensal.

El método ha sido acusado de reduccionista, en la medida en que se limita a cuantificar el saldo migratorio neto sin dar cuenta de los flujos migratorios reales⁶ ni aportar casi nada acerca de cuál fue el

⁶ Ver Cabré y otros (1985: 44), García Fernández (1964: 140), Jiménez Blanco (1986: 132) y Mikelarena (1993: 219; 1996: 100).

CUADRO 3
Algunas variables demográficas, 1901-1970

	TCD	Supuesto						
		(A)		(B)		(C)		
		TCV	TM	TCV	TM	TCV	TM	Saldo
<i>1901-1910</i>								
TOTAL	3,7	9,8	-6,2	10,6	-6,9	10,8	-7,1	-172.671
NORTE	3,5	10,4	-6,9	10,9	-7,4	10,7	-7,3	-74.753
PIRINEO	1,1	7,4	-6,4	8,6	-7,6	8,8	-7,7	-23.293
INTERIOR	3,6	9,7	-6,1	10,7	-7,1	10,7	-7,1	-41.983
SUR	5,7	10,2	-4,5	11,1	-5,4	12,0	-6,4	-32.641
Galaico-castellana	1,3	9,4	-8,1	9,7	-8,4	9,8	-8,5	-32.400
Astur-leonesa	5,4	10,7	-5,3	10,8	-5,4	10,4	-5,0	-22.569
Cantábrica oriental	3,2	11,8	-8,6	13,2	-10,0	13,2	-10,0	-19.785
Pirineo nav.-aragonés	-0,2	9,2	-9,3	10,1	-10,3	10,1	-10,3	-17.445
Pirineo catalán	2,6	5,2	-2,6	6,7	-4,1	7,0	-4,4	-5.848
Ibérica Norte	-0,6	10,2	-10,7	11,1	-11,7	11,1	-11,7	-11.384
Central	6,2	10,4	-4,2	11,9	-5,7	11,9	-5,7	-11.370
Ibérica Sur	3,3	9,1	-5,8	9,8	-6,5	9,8	-6,5	-19.229
Bética	8,4	10,4	-2,0	11,1	-2,8	12,0	-3,7	-11.634
Sub-bética	1,3	9,8	-8,5	10,9	-9,7	12,0	-10,8	-21.007
<i>1911-1920</i>								
TOTAL	1,7	6,6	-4,9	7,4	-5,7	7,4	-5,7	-142.615
NORTE	3,7	6,9	-3,2	7,4	-3,7	7,2	-3,5	-37.573
PIRINEO	2,9	5,5	-2,6	6,5	-3,6	6,7	-3,8	-11.629
INTERIOR	-3,7	6,6	-10,3	7,5	-11,2	7,5	-11,2	-66.320
SUR	3,0	6,8	-3,8	7,8	-4,7	8,1	-5,1	-27.093
Galaico-castellana	0,2	5,8	-5,5	5,9	-5,7	5,8	-5,6	-21.297
Astur-leonesa	6,8	6,7	0,1	7,0	-0,2	6,6	0,2	913
Cantábrica oriental	2,7	9,4	-6,7	11,1	-8,4	11,2	-8,5	-17.189
Pirineo nav.-aragonés	0,9	7,2	-6,3	8,1	-7,2	8,1	-7,2	-12.194
Pirineo catalán	5,4	3,3	2,0	4,6	0,8	4,9	0,4	565
Ibérica Norte	-5,0	6,9	-11,9	7,9	-12,8	7,9	-12,8	-12.214
Central	-1,1	7,2	-8,3	8,6	-9,7	8,5	-9,5	-19.423
Ibérica Sur	-5,2	6,0	-11,2	6,6	-11,8	6,6	-11,9	-34.683
Bética	7,2	7,0	0,3	7,7	-0,5	8,2	-1,0	-3.446
Sub-bética	-4,5	6,5	-11,0	7,9	-12,4	7,8	-12,3	-23.647

CUADRO 3 (Continuación)
Algunas variables demográficas, 1901-1970

	TCD	Supuesto						
		(A)		(B)		(C)		
		TCV	TM	TCV	TM	TCV	TM	Saldo
<i>1921-1930</i>								
TOTAL	2,7	11,2	-8,5	12,0	-9,3	12,1	-9,4	-239.078
NORTE	1,2	10,8	-9,6	11,3	-10,1	11,3	-10,2	-110.841
PIRINEO	1,2	7,4	-6,2	8,1	-6,9	8,3	-7,1	-22.191
INTERIOR	0,4	10,9	-10,5	12,1	-11,6	11,8	-11,4	-66.182
SUR	8,8	14,2	-5,4	15,3	-6,5	15,8	-7,0	-39.864
Galaico-castellana	0,2	9,4	-9,1	9,5	-9,3	9,5	-9,3	-35.637
Astur-leonesa	0,6	11,0	-10,4	11,3	-10,7	11,3	-10,7	-53.169
Cantábrica oriental	4,1	12,9	-8,8	14,6	-10,5	14,6	-10,5	-22.035
Pirineo nav.-aragonés	-1,1	8,9	-10,0	9,8	-10,9	9,8	-10,9	-18.558
Pirineo catalán	4,0	5,6	-1,6	6,2	-2,3	6,5	-2,5	-3.633
Ibérica Norte	-1,0	11,6	-12,6	12,6	-13,6	12,7	-13,6	-12.590
Central	5,4	12,1	-6,7	14,2	-8,8	13,6	-8,1	-16.904
Ibérica Sur	-2,8	9,7	-12,5	10,3	-13,1	10,3	-13,1	-36.688
Bética	11,8	14,1	-2,3	14,8	-3,0	15,6	-3,7	-14.086
Sub-bética	2,7	14,5	-11,7	16,2	-13,5	16,3	-13,6	-25.778
<i>1931-1940</i>								
TOTAL	1,8	7,5	-5,7	8,5	-6,8	8,2	-6,5	-168.650
NORTE	2,4	6,6	-4,2	7,5	-5,0	7,2	-4,8	-52.945
PIRINEO	-5,8	2,5	-8,4	3,3	-9,1	3,0	-8,9	-27.182
INTERIOR	-1,1	7,1	-8,1	8,3	-9,4	7,8	-8,8	-51.247
SUR	7,1	11,8	-4,8	13,3	-6,2	13,1	-6,1	-37.277
Galaico-castellana	5,6	8,0	-2,4	8,4	-2,8	8,1	-2,4	-9.584
Astur-leonesa	0,9	5,1	-4,3	5,9	-5,0	5,7	-4,8	-24.109
Cantábrica oriental	0,0	7,4	-7,3	9,3	-9,3	9,0	-9,0	-19.252
Pirineo nav.-aragonés	-3,7	4,7	-8,3	5,4	-9,1	5,5	-9,1	-15.102
Pirineo catalán	-8,4	0,0	-8,4	0,7	-9,2	0,1	-8,5	-12.080
Ibérica Norte	-0,3	7,7	-8,0	8,9	-9,2	8,9	-9,2	-8.410
Central	2,4	9,8	-7,4	11,2	-8,8	10,0	-7,6	-16.418
Ibérica Sur	-4,1	4,7	-8,8	5,9	-10,0	5,6	-9,7	-26.420
Bética	9,2	11,4	-2,2	12,5	-3,3	12,6	-3,4	-14.253
Sub-bética	2,5	12,7	-10,3	15,1	-12,6	14,3	-11,8	-23.023

CUADRO 3 (Continuación)
Algunas variables demográficas, 1901-1970

	TCD	Supuesto						
		(A)		(B)		(C)		
		TCV	TM	TCV	TM	TCV	TM	Saldo
<i>1941-1950</i>								
TOTAL	1,9	8,9	-6,9	9,0	-7,1	9,2	-7,2	-191.996
NORTE	1,2	8,1	-7,0	8,2	-7,1	8,6	-7,4	-84.078
PIRINEO	5,2	4,6	0,5	3,9	1,2	3,9	1,3	3.932
INTERIOR	1,9	8,9	-7,0	9,3	-7,4	9,2	-7,3	-42.421
SUR	1,9	12,1	-10,2	12,6	-10,7	12,7	-10,8	-69.428
Galaico-castellana	-0,5	8,8	-9,3	8,7	-9,2	8,7	-9,2	-37.250
Astur-leonesa	2,4	7,0	-4,6	7,0	-4,6	7,8	-5,4	-27.705
Cantábrica oriental	1,3	9,5	-8,2	10,3	-8,9	10,2	-8,8	-19.123
Pirineo nav.-aragonés	0,9	6,0	-5,1	5,1	-4,2	5,1	-4,2	-6.784
Pirineo catalán	10,0	3,1	7,0	2,7	7,4	2,5	7,5	10.717
Ibérica Norte	0,1	9,9	-9,7	10,3	-10,2	10,3	-10,2	-9.333
Central	6,2	11,3	-5,0	11,7	-5,5	11,4	-5,2	-11.795
Ibérica Sur	-1,2	6,6	-7,8	6,9	-8,1	6,9	-8,1	-21.293
Bética	2,3	12,0	-9,6	12,3	-10,0	12,5	-10,2	-45.426
Sub-bética	0,8	12,3	-11,5	13,2	-12,4	12,9	-12,1	-24.002
<i>1951-1960</i>								
TOTAL	-4,9	11,3	-16,1	11,5	-16,4	11,7	-16,5	-434.148
NORTE	-0,7	10,5	-11,2	10,6	-11,3	10,9	-11,6	-131.450
PIRINEO	-2,8	6,9	-9,7	6,6	-9,5	6,5	-9,4	-28.967
INTERIOR	-10,2	9,6	-19,8	10,8	-21,0	10,9	-21,1	-117.742
SUR	-8,7	16,2	-24,9	16,4	-25,1	16,4	-25,1	-155.989
Galaico-castellana	-2,4	9,1	-11,5	8,9	-11,4	8,7	-11,1	-44.400
Astur-leonesa	2,1	11,0	-8,9	11,2	-9,1	11,0	-8,9	-46.562
Cantábrica oriental	-4,3	12,1	-16,4	12,4	-16,7	14,7	-19,0	-40.488
Pirineo nav.-aragonés	-9,5	7,6	-17,1	7,5	-17,0	7,5	-17,0	-26.669
Pirineo catalán	4,0	6,2	-2,2	5,7	-1,7	5,5	-1,5	-2.298
Ibérica Norte	-8,8	9,6	-18,4	9,6	-18,4	9,6	-18,4	-16.133
Central	-6,5	11,6	-18,1	14,6	-21,1	14,9	-21,4	-48.342
Ibérica Sur	-14,1	7,8	-21,9	7,6	-21,7	7,6	-21,7	-53.267
Bética	-10,2	15,9	-26,1	16,1	-26,3	16,1	-26,3	-112.490
Sub-bética	-5,5	16,8	-22,2	17,1	-22,6	17,0	-22,5	-43.499

CUADRO 3 (Continuación)
Algunas variables demográficas, 1901-1970

	TCD	Supuesto						
		(A)		(B)		(C)		
		TCV	TM	TCV	TM	TCV	TM	Saldo
1961-1970								
TOTAL	-18,6	9,6	-28,2	9,3	-27,8	8,7	-27,3	-639.074
NORTE	-14,5	8,3	-22,8	7,7	-22,3	6,7	-21,2	-223.520
PIRINEO	-11,7	7,9	-19,6	7,1	-18,8	7,1	-18,8	-54.178
INTERIOR	-30,1	7,3	-37,3	7,4	-37,5	7,7	-37,8	-174.296
SUR	-20,3	15,1	-35,4	14,9	-35,2	14,4	-34,7	-187.079
Galaico-castellana	-13,5	6,6	-20,1	5,9	-19,4	5,4	-18,9	-70.068
Astur-leonesa	-16,1	8,8	-24,9	8,5	-24,6	6,9	-23,0	-112.056
Cantábrica oriental	-12,4	10,2	-22,7	9,5	-21,9	8,7	-21,1	-41.397
Pirineo nav.-aragonés	-14,8	7,5	-22,3	6,3	-21,1	6,3	-21,1	-29.225
Pirineo catalán	-8,9	8,2	-17,1	7,9	-16,8	7,8	-16,7	-24.953
Ibérica Norte	-35,4	6,9	-42,3	6,1	-41,4	5,8	-41,2	-29.371
Central	-20,2	8,8	-29,0	10,2	-30,4	11,0	-31,2	-61.916
Ibérica Sur	-38,4	5,8	-44,1	5,0	-43,4	5,0	-43,4	-83.009
Bética	-20,5	15,1	-35,6	14,9	-35,4	14,4	-34,9	-128.459
Sub-bética	-19,8	15,0	-34,8	14,9	-34,7	14,5	-34,2	-58.620

FUENTE: Elaboración propia a partir del MNP de 1901-1970, y los censos de 1900, 1910, 1920, 1930, 1940, 1950, 1960 y 1970.

destino de tales flujos.⁷ Considero, en cualquier caso, que la primera de las objeciones se atenúa si lo que se estudia son territorios que, como la montaña, se han caracterizado por una inmigración definitiva reducida y, por tanto, por un saldo migratorio neto bastante similar al bruto (ambos negativos). Asimismo, algunos procedimientos alternativos, como el puesto en práctica por Nicolau, no son aplicables al estudio específico de espacios de rango inferior al provincial, como son las zonas de montaña.⁸ En último término, pues, son las propias disponibilidades estadísticas las que prácticamente obligan a la utilización de este método.⁹ Entiendo que, fijado el objetivo de cuantificar la magni-

7 Puyol (1979: 86).

8 En cualquier caso, la propia Nicolau (1989: 82) reconoce que el método del balance permite apreciar a grandes rasgos las pautas regionales de migración en España; en este sentido, también Cabré y otros (1985: 44).

9 Ver Mikelarena (1993: 222) y, sobre todo, Reher (1988: 137n).

CUADRO 4
Algunas variables demográficas, 1971-1991

	1971-1981				1982-1991			
	TCD	TCV	TM	Saldo	TCD	TCV	TM	Saldo
TOTAL	-13,3	1,9	-15,2	-331.100	-10,4	-1,2	-9,2	-160.412
NORTE	-10,7	1,3	-12,0	-121.575	-13,7	-2,5	-11,2	-91.331
PIRINEO	-5,1	2,7	-7,9	-22.824	-3,6	-1,0	-2,6	-6.466
INTERIOR	-23,3	-0,2	-23,1	-88.385	-9,5	-2,6	-6,9	-19.944
SUR	-15,8	4,2	-20,0	-98.316	-8,6	2,3	-10,9	-42.557
Galaico-castellana	-12,0	-0,7	-11,3	-40.264	-21,3	-3,8	-17,5	-47.839
Astur-leonesa	-10,6	1,9	-12,5	-58.228	-11,2	-2,5	-8,7	-32.841
Cantábrica oriental	-8,6	3,4	-11,9	-23.082	-6,7	-0,1	-6,6	-10.651
Pirineo navarro-aragonés	-6,3	3,3	-9,6	-13.121	-2,3	-0,7	-1,6	-1.871
Pirineo catalán	-4,2	2,2	-6,3	-9.704	-4,8	-1,4	-3,5	-4.595
Ibérica Norte	-28,2	-0,7	-27,5	-15.380	-12,0	-3,4	-8,6	-3.486
Central	-17,6	1,2	-18,9	-37.529	-5,3	-0,9	-4,4	-6.981
Ibérica Sur	-30,0	-2,2	-27,9	-35.476	-15,7	-5,1	-10,6	-9.477
Bética	-17,6	4,1	-21,7	-71.888	-8,4	2,2	-10,7	-27.864
Sub-bética	-12,2	4,4	-16,6	-26.428	-8,9	2,4	-11,4	-14.693

OBSERVACIÓN: se ha supuesto que el saldo vegetativo medio del subperiodo 1971-1974 (para el que no existen datos) es igual al del subperiodo 1975-1981.

FUENTE: Elaboración propia a partir del MNP de 1975-1991, y los censos de 1970, 1981 y 1991.

tud de la migración en las distintas zonas de montaña a lo largo del periodo mencionado, la alternativa presentada es la única posible. Lo cual no significa que, fijados otros objetivos de diferente ámbito espacial y temporal, puedan abrirse otras posibilidades. Lo que pretende este trabajo es ofrecer una base a partir de la cual puedan lanzarse una serie de hipótesis, sin perjuicio de que la progresiva mejora del estado del conocimiento pueda mejorar dicha base de partida.

2. Si fuera posible valorar de forma cuantitativa y sistemática el realismo de los supuestos de trabajo empleados, entonces sencillamente no habría hecho falta recurrir a ellos. Sin embargo, para aquellos periodos para los que se disponen de datos a nivel infraprovincial (capaces por tanto de aislar la especificidad de las distintas comarcas de montaña), sí es posible contrastar los resultados derivados de la utilización de dichos datos con los resultados que habrían sido obtenidos en caso de haber tenido que recurrir a los supuestos (A), (B) y (C). Este ejercicio puede realizarse para los periodos 1878-1900 y 1971-

1991 y, aunque sus resultados no pueden en sentido estricto enseñar nada acerca de otros periodos, sí que pueden ser un punto de apoyo para aproximarnos a la cuestión de interés.

A partir de los cuadros 5 y 6, considero que la utilización de los supuestos (A), (B) o (C) es más o menos admisible según el uso que se quiera dar a los resultados con ellos obtenidos. Si lo que se quiere es obtener un conocimiento equiparable al que proporcionan las investigaciones microanalíticas, hay que advertir que los supuestos de trabajo introducen un sesgo nada despreciable. Ahora bien, si lo que se espera encontrar en los resultados aquí presentados es una herramienta para el análisis comparado a largo plazo (y esto último es lo que aquí me propongo), entonces creo admisible la utilización de los supuestos.

Con la intención de dar soporte a esta argumentación, el cuadro 5 muestra la posición relativa ocupada por las cuatro macrorregiones de montaña consideradas (Norte, Pirineo, Interior y Sur) y las diez regiones que las componen, y el cuadro 6 recoge los valores que toma el coeficiente de correlación de rangos de Spearman entre la tasa migratoria «real» (entendiendo por tal la obtenida con los datos infraprovinciales) y las tasas calculadas según los distintos supuestos de trabajo, tanto a nivel regional como comarcal. Como puede verse, existe un alto grado de concordancia entre los puestos relativos que ocupan los elementos de la muestra cuando se realiza el análisis con datos infraprovinciales y los puestos relativos que ocupan cuando se emplean los supuestos (A), (B) o (C). Es más, cuando se observan los resultados del ejercicio realizado a nivel de las principales regiones (cuadro 5), se aprecia que las leves distorsiones introducidas por la utilización de los supuestos de trabajo suelen tener lugar entre casos en los que las distancias son pequeñas. En suma, el análisis comparado que hubiera resultado de trabajar con los supuestos (A), (B) o (C) no habría sido diferente, en lo sustancial, del que se va a hacer en el apartado siguiente sobre la base de los datos «reales».

Otra cosa es que los supuestos no introduzcan un determinado sesgo. La evidencia es especialmente clara para el periodo 1971-1991: en el escenario de reproducción diferencial urbana, cuanto menor es la precisión en la definición de las áreas rurales, tanto mayor es el sesgo al alza de los resultados (en el sentido de que las tasas de migración se vuelven más negativas de lo que realmente son). Durante estas dos décadas, el sesgo al alza es especialmente importante bajo el supues-

CUADRO 5

Comparación de las tasas migratorias reales con las que habrían sido obtenidas bajo los supuestos de trabajo anteriormente utilizados

	"Real"		Supuesto					
	TM	Rango	(A)		(B)		(C)	
	TM	Rango	TM	Rango	TM	Rango	TM	Rango
1878-1900								
TOTAL	-3,9		-3,8		-4,4		-4,5	
NORTE	-2,7	4	-3,9	2	-4,2	2	-3,9	3
PIRINEO	-8,7	1	-7,2	1	-8,4	1	-8,6	1
INTERIOR	-3,8	2	-3,4	3	-4,1	3	-4,1	2
SUR	-3,4	3	-1,7	4	-2,5	4	-3,6	4
Galaico-castellana	-0,7	9	-3,2	8	-3,2	8	-3,3	8
Astur-leonesa	-3,3	7	-4,2	6	-4,4	7	-3,6	7
Cantábrica oriental	-5,5	5	-4,8	5	-5,6	5	-5,6	5
Pirineo navarro-aragonés	-8,8	1	-7,9	1	-8,7	1	-8,7	1
Pirineo catalán	-8,7	3	-6,3	2	-8,0	2	-8,4	2
Ibérica Norte	-6,2	4	-5,5	3	-6,3	3	-6,3	4
Central	-2,9	8	-1,8	9	-2,6	9	-2,7	9
Ibérica Sur	-3,6	6	-4,1	7	-4,6	6	-4,6	6
Bética	0,2	10	0,6	10	-0,1	10	-0,6	10
Sub-bética	-8,8	2	-5,1	4	-6,2	4	-8,0	3
1971-1981								
TOTAL	-15,2		-19,3		-18,2		-17,2	
NORTE	-12,0	3	-16,0	3	-14,6	3	-12,9	3
PIRINEO	-7,9	4	-9,6	4	-10,3	4	-8,7	4
INTERIOR	-23,1	1	-27,3	1	-26,0	1	-26,1	1
SUR	-20,0	2	-25,7	2	-24,5	2	-23,6	2
Galaico-castellana	-11,3	8	-15,0	8	-13,2	8	-12,8	8
Astur-leonesa	-12,5	6	-16,5	7	-15,8	6	-12,8	7
Cantábrica oriental	-11,9	7	-16,6	6	-14,1	7	-13,1	6
Pirineo navarro-aragonés	-9,6	9	-11,9	9	-10,3	9	-9,7	10
Pirineo catalán	-6,3	10	-11,0	10	-10,2	10	-9,8	9
Ibérica Norte	-27,5	2	-32,6	2	-29,6	2	-28,9	2
Central	-18,9	4	-21,8	5	-21,4	5	-21,9	4
Ibérica Sur	-27,9	1	-33,5	1	-31,7	1	-31,5	1
Bética	-21,7	3	-27,0	3	-25,8	3	-24,9	3
Sub-bética	-16,6	5	-22,9	4	-21,6	4	-21,0	5

CUADRO 5 (Continuación)

Comparación de las tasas migratorias reales con las que habrían sido obtenidas bajo los supuestos de trabajo anteriormente utilizados

	«Real»		Supuesto					
	TM	Rango	(A)		(B)		(C)	
			TM	Rango	TM	Rango	TM	Rango
<i>1982-1991</i>								
TOTAL	-9,2		-11,8		-10,9		-10,1	
NORTE	-11,2	1	-13,2	2	-12,3	2	-11,0	2
PIRINEO	-2,6	4	-4,6	4	-4,1	4	-3,9	4
INTERIOR	-6,9	3	-10,3	3	-9,1	3	-8,8	3
SUR	-10,9	2	-14,5	1	-13,9	1	-13,3	1
Galaico-castellana	-17,5	1	-19,8	1	-18,4	1	-18,0	1
Astur-leonesa	-8,7	5	-9,8	7	-9,0	6	-6,8	7
Cantábrica oriental	-6,6	7	-9,9	6	-9,0	7	-8,5	5
Pirineo navarro-aragonés	-1,6	10	-3,0	10	-1,0	10	-1,0	10
Pirineo catalán	-3,5	9	-6,0	9	-5,7	9	-5,3	9
Ibérica Norte	-8,6	6	-12,3	5	-9,7	5	-8,5	6
Central	-4,4	8	-6,6	8	-6,0	8	-5,9	8
Ibérica Sur	-10,6	4	-16,0	2	-14,5	3	-14,1	3
Bética	-10,7	3	-14,1	4	-13,7	4	-12,9	4
Sub-bética	-11,4	2	-15,2	3	-14,7	2	-14,4	2

FUENTE: «Real», en cuadros 2 y 4; el resto de datos, elaboración propia a partir del MNP de 1886-1892 y 1971-1991, y los censos de 1877, 1887, 1900, 1970, 1981 y 1991.

CUADRO 6

Correlación de rangos de Spearman entre la tasa migratoria «real» y las tasas migratorias calculadas de acuerdo con los supuestos anteriores

	Supuesto (A)	Supuesto (B)	Supuesto (C)
<i>1878-1900</i>			
Regiones (N = 10)	0,939	0,952	0,976
Comarcas (N = 84)	0,847	0,868	0,866
<i>1971-1981</i>			
Regiones (N = 10)	0,976	0,988	0,976
Comarcas (N = 84)	0,955	0,942	0,943
<i>1982-1991</i>			
Regiones (N = 10)	0,927	0,976	0,939
Comarcas (N = 84)	0,927	0,922	0,904

FUENTE: ver cuadro 5.

to (A) y va reduciéndose conforme pasamos al (C), lo cual confirma la necesidad de definir las áreas rurales con la mayor precisión posible, ya que, de lo contrario, la TCV de la montaña se sobreestima, al no excluirse los efectos de las ciudades de tamaño medio. En 1878-1900, en un escenario de reproducción diferencial rural, el supuesto (A) tiende a infravalorar la emigración de la montaña (al infravalorar su TCV), mientras que la mejor definición de lo rural que aportan los supuestos (B) y (C) reduce este sesgo, hasta el punto incluso de tender a invertirlo en algunos casos. Pero existe aquí una casuística muy variada, que impide extraer conclusiones contundentes acerca del sentido del sesgo introducido por los supuestos de trabajo en este periodo.

3. El segundo asunto que me propuse examinar anteriormente tiene que ver con la credibilidad que pueda otorgarse a las fuentes, problema que afecta tanto a los resultados llamados «reales» como a los obtenidos según los supuestos de trabajo. Precisamente, uno de los inconvenientes del método del balance es que incorpora todas las desviaciones que puedan incluir las fuentes de las que extrae la información necesaria.¹⁰ En concreto, existe un consenso generalizado al respecto de que el principal problema es la calidad de las estadísticas de MNP, que, al menos hasta comienzos del siglo XX, sufrían de un subregistro reconocido incluso por la propia administración y que parece que afectó más a los nacimientos que a las defunciones, tendiendo por tanto a conducirnos a una subestimación del crecimiento vegetativo.¹¹ Me remito sin embargo a la defensa esgrimida por Mikelarena de esta fuente (que es, en último término, una defensa de la propia conveniencia del método del balance en este caso concreto).¹²

A los problemas de fiabilidad del MNP para la segunda mitad del siglo XIX, se añaden los problemas de su discontinuidad temporal. Anteriormente he supuesto, por ejemplo, que los saldos vegetativos medios de 1871-1877 (para los que no existen datos) habían sido iguales a los de 1861-1870. Pero debo hacer mención del fundamentado rechazo de Mikelarena a este proceder,¹³ rechazo que me lleva a subra-

10 Cabré y otros (1985: 44).

11 Ver Dopico (1996: 15-16), Dopico y Reher (1998: 13-15), Mikelarena (1993: 219; 1996: 100), Nicolau (1989: 84), Reher (1997: 37).

12 Mikelarena (1993: 219-222). Asimismo, Baïla y Recaño (1992: 184, 189-190) consideran implícitamente que los datos de MNP en este periodo para la montaña castellonense y valenciana son válidos a grandes rasgos.

13 El rechazo forma parte precisamente de sus ejercicios encaminados a mostrar la utilidad (siempre matizada) del MNP a partir de 1877.

yar el carácter muy aproximado de mis resultados para 1860-1877. Aún más problemático es el supuesto de equiparar el saldo vegetativo medio de 1878-1900 al de 1886-1892, opción forzada de nuevo por las carencias estadísticas. Y, de nuevo, debo subrayar que los resultados así obtenidos son meras aproximaciones cuantitativas a un fenómeno cuya medición está a la espera de una mayor precisión, y que esta mayor precisión sólo será posible mediante la explotación de fuentes locales por parte de investigaciones microanalíticas. Complementar los resultados aquí presentados con los resultados procedentes de este tipo de investigaciones es muy necesario para casi todos los periodos objeto de estudio, pero muy especialmente para 1878-1900.

Las décadas de 1930 y 1940 constituyen otro punto problemático. Dejando a un lado los efectos diferenciales de la guerra civil sobre los supuestos (B) y (C), asunto ya comentado, hay que tener en cuenta la escasa calidad del censo de 1940, unánimemente acusado de sobreestimar la población real, entre otras cosas por las estrategias de doble inscripción de los ciudadanos en un contexto de racionamiento alimenticio.¹⁴ Si aceptamos esta sobreestimación, entonces hay que pensar que los cálculos de la emigración (del saldo migratorio negativo) de la montaña están sesgados a la baja para los años treinta y al alza para los años cuarenta.¹⁵ Sin embargo, a la vista de los datos (cuadro 7), el asunto no parece tan sencillo, fundamentalmente porque, con la excepción de la montaña Galaico-leonesa, no se tiene que el crecimiento demográfico sea sospechosamente alto en 1931-1940 y sospechosamente bajo en 1941-1950, quizá porque la doble inscripción es un problema relevante allí donde se realizaba la segunda de las inscripciones (la fraudulenta), y esto no sería en la montaña; y, si se acepta que la doble inscripción fue mayor en las zonas dedicadas al cultivo de alimentos,¹⁶ tampoco entonces cabría esperar una especial incidencia en buena parte de la montaña. Esto supone un matizado voto de confianza a los resultados, al menos respecto a las acusaciones habituales. Pero las acusaciones pueden ser otras. La anomalía más llamativa de los resultados obtenidos tiene por protagonista al Pirineo catalán, y consiste precisamente en la situación inversa a la descrita: como consecuencia de un crecimiento demográfico sospechosamente

14 García Barbancho (1967a: 19), Ródenas (1994: 48).

15 En la línea de razonamiento de Ródenas (1994: 49).

16 Ver García Barbancho (1967a: 26).

bajo en 1931-1940 y sospechosamente alto en 1941-1950, en los años treinta se tiene una emigración anormalmente alta (vista la trayectoria histórica de la zona), mientras que los años cuarenta dan la impresión de haber sido una época de intensa inmigración. Nada de esto parece muy creíble,¹⁷ y debe servir de alerta al respecto, una vez más, del carácter meramente aproximado de los resultados presentados y de lo restrictivo del uso de que pueden ser objeto.

Por otra parte, las estadísticas de MNP anteriores a 1950 no recogen la distinción entre los nacimientos y defunciones que, teniendo lugar en las capitales de provincia, afectaron a residentes y no residentes en dichas capitales.¹⁸ Esta cuestión, que está asociada fundamentalmente a los habitantes de zonas rurales que protagonizaron sucesos vitales de este tipo en unas capitales de provincia mejor dotadas desde el punto de vista sanitario, es relevante de cara a los supuestos (B) y (C). El análisis de estos sucesos vitales de los no residentes a partir de 1950 muestra, en primer lugar, que el desplazamiento a las capitales en busca de servicios sanitarios era más propio de los nacimientos que de las defunciones;¹⁹ segundo, que la no exclusión de los no residentes en los datos sobre crecimiento vegetativo de las capitales habría supuesto un claro sesgo al alza de dicho crecimiento vegetativo; y tercero, y más importante de cara a los presentes fines, que parece que la decisión administrativa de suministrar los datos para corregir este sesgo llegó con la suficiente prontitud o, más concretamente, que la tendencia de este sesgo durante el periodo 1950-1991 (creciente a un fuerte ritmo) invita a pensar que el sesgo fue relativamente moderado con anterioridad a 1950.²⁰ Por ello, considero que, si hay que mirar con cautela los resultados presentados para las décadas centrales del siglo XX, es más por los temas citados en el párrafo anterior que por éste.

17 García Barbancho (1960: 10-11), cuyos datos para la provincia de Lérida muestran este patrón, duda entre achacarlo a las imperfecciones del censo de 1940 (aunque esto implicaría, como he argumentado, recuentos censales sesgados a la baja, lo cual va en contra de la objeción habitual a este censo) o a un verdadero flujo de inmigración como consecuencia de repatriaciones tras la guerra.

18 Campo y Navarro (1987: 245) alertan sobre la necesidad de incorporar esta modificación a los análisis anteriores a tal fecha.

19 Lo cual confirma lo apuntado por García Barbancho (1967a: 22).

20 Ver el apéndice A3, que contribuye a apoyar la impresión de Mikelarena (1996: 100-101) de que la proporción en que estos sucesos vitales distorsionaron los datos de MNP durante 1860-1930 es «difícil de determinar, pero seguro que minoritaria».

4. De las distintas aproximaciones cuantitativas presentadas, y de acuerdo con lo anteriormente comentado, considero que lo más adecuado es tomar las siguientes: para el periodo 1860-1877, la del supuesto (B); para 1878-1900, la «real»; para 1901-1970, la del supuesto (C); y, para 1971-1991, de nuevo la «real». En el cuadro 7 se presenta el resultado final, así como las tasas de crecimiento demográfico para cada uno de los periodos. En el cuadro 8, se comparan mis resultados para determinadas comarcas con los obtenidos por investigaciones microanalíticas; en líneas generales, parece que las pautas principales quedan bien captadas, con la excepción de lo ocurrido en la serranía de Cuenca en la segunda mitad del XIX.

Aunque no dispongo de los datos necesarios para corregir numéricamente las estimaciones realizadas, sí es posible conocer los puntos débiles de la serie histórica propuesta. Tales puntos débiles, que restringen la aplicabilidad de los resultados a un análisis comparado a largo plazo de lo que ocurrió en las distintas regiones montañosas, se localizan fundamentalmente en la segunda mitad del siglo XIX, dados los problemas de fiabilidad del MNP. Asimismo, hay que tomar con cautela los resultados para las décadas de 1930 y 1940, tanto por los problemas del censo de 1940 como por el hecho de que los efectos reales de la guerra civil sobre las variables demográficas fueron múltiples e incidieron de forma desigual sobre unos y otros territorios. Finalmente, los datos para los años cincuenta y, sobre todo, sesenta, cuando ya se ha implantado el modelo de reproducción diferencial urbana, podrían estar un poco sesgados al alza (esto es, podrían estar sobrevalorando los flujos de salida).

4. Notas para el análisis de la emigración en las zonas de montaña españolas

1. Como puede verse en la figura 1, la emigración definitiva se mantuvo en niveles moderados, aunque no despreciables, hasta 1950. Durante ese periodo, el crecimiento demográfico fue débil. La pregunta clave es por qué existía un crecimiento vegetativo excesivo en relación a los requisitos de trabajo que se derivaban del puesto de la montaña en la división del trabajo.²¹ Teniendo en cuenta que la presencia

21 Esta pregunta se enmarca en un enfoque de economía política evolutiva, cuya aplicación al caso concreto de la despoblación de la montaña ha sido propuesta por Collantes (2001a).

CUADRO 7

Crecimiento demográfico y migración en las distintas zonas de montaña españolas, 1860-1991

	TOTAL		Norte		Pirineo		Interior		Sur	
	TCD	TM	TCD	TM	TCD	TM	TCD	TM	TCD	TM
1860-1877	0,1	-7,8	-0,2	-9,1	-6,5	-12,5	1,5	-3,7	3,9	-6,7
1878-1900	0,5	-3,9	1,3	-2,7	-3,3	-8,7	0,7	-3,8	1,1	-3,4
1901-1910	3,7	-7,1	3,5	-7,3	1,1	-7,7	3,6	-7,1	5,7	-6,4
1911-1920	1,7	-5,7	3,7	-3,5	2,9	-3,8	-3,7	-11,2	3,0	-5,1
1921-1930	2,7	-9,4	1,2	-10,2	1,2	-7,1	0,4	-11,4	8,8	-7,0
1931-1940	1,8	-6,5	2,4	-4,8	-5,8	-8,9	-1,1	-8,8	7,1	-6,1
1941-1950	1,9	-7,2	1,2	-7,4	5,2	1,3	1,9	-7,3	1,9	-10,8
1951-1960	-4,9	-16,5	-0,7	-11,6	-2,8	-9,4	-10,2	-21,1	-8,7	-25,1
1961-1970	-18,6	-27,3	-14,5	-21,2	-11,7	-18,8	-30,1	-37,8	-20,3	-34,7
1971-1981	-13,3	-15,2	-10,7	-12,0	-5,1	-7,9	-23,3	-23,1	-15,8	-20,0
1982-1991	-10,4	-9,2	-13,7	-11,2	-3,6	-2,6	-9,5	-6,9	-8,6	-10,9
	Galaico-castellana		Astur-leonesa		Cantábrica oriental		Pirineo nav.-aragonés		Pirineo catalán	
	TCD	TM	TCD	TM	TCD	TM	TCD	TM	TCD	TM
1860-1877	-1,6	-8,9	1,5	-9,3	-1,1	-8,8	-3,3	-9,6	-10,2	-15,8
1878-1900	1,3	-0,7	1,4	-3,3	1,1	-5,5	-2,3	-8,8	-4,5	-8,7
1901-1910	1,3	-8,5	5,4	-5,0	3,2	-10,0	-0,2	-10,3	2,6	-4,4
1911-1920	0,2	-5,6	6,8	0,2	2,7	-8,5	0,9	-7,2	5,4	0,4
1921-1930	0,2	-9,3	0,6	-10,7	4,1	-10,5	-1,1	-10,9	4,0	-2,5
1931-1940	5,6	-2,4	0,9	-4,8	0,0	-9,0	-3,7	-9,1	-8,4	-8,5
1941-1950	-0,5	-9,2	2,4	-5,4	1,3	-8,8	0,9	-4,2	10,0	7,5
1951-1960	-2,4	-11,1	2,1	-8,9	-4,3	-19,0	-9,5	-17,0	4,0	-1,5
1961-1970	-13,5	-18,9	-16,1	-23,0	-12,4	-21,1	-14,8	-21,1	-8,9	-16,7
1971-1981	-12,0	-11,3	-10,6	-12,5	-8,6	-11,9	-6,3	-9,6	-4,2	-6,3
1982-1991	-21,3	-17,5	-11,2	-8,7	-6,7	-6,6	-2,3	-1,6	-4,8	-3,5
	Ibérica norte		Central		Ibérica sur		Bética		Sub-bética	
	TCD	TM	TCD	TM	TCD	TM	TCD	TM	TCD	TM
1860-1877	-0,6	-6,4	1,2	-2,6	2,7	-3,6	5,7	-3,9	1,5	-10,5
1878-1900	-1,4	-6,2	1,7	-2,9	0,7	-3,6	3,6	0,2	-2,5	-8,8
1901-1910	-0,6	-11,7	5,4	-5,8	3,5	-6,6	8,4	-3,7	1,3	-10,8
1911-1920	-5,0	-12,8	-2,6	-10,8	-4,4	-11,0	7,2	-1,0	-4,5	-12,3
1921-1930	-1,0	-13,6	3,9	-9,2	-2,7	-12,8	11,8	-3,7	2,7	-13,6
1931-1940	-0,3	-9,2	1,2	-8,2	-3,9	-9,4	9,2	-3,4	2,5	-11,8
1941-1950	0,1	-10,2	5,0	-5,9	-1,1	-7,7	2,3	-10,2	0,8	-12,1
1951-1960	-8,8	-18,4	-7,8	-21,6	-13,8	-21,5	-10,2	-26,3	-5,5	-22,5
1961-1970	-35,4	-41,2	-23,8	-33,9	-36,4	-41,7	-20,5	-34,9	-19,8	-34,2
1971-1981	-28,2	-27,5	-30,0	-27,9	-17,6	-21,7	-17,6	-21,7	-12,2	-16,6
1982-1991	-12,0	-8,6	-5,3	-4,4	-15,7	-10,6	-8,4	-10,7	-8,9	-11,4

FUENTE: Elaboración propia a partir de los cuadros 1, 2, 3 y 4.

CUADRO 8
Tasas migratorias: comparación entre la serie propuesta y los resultados de algunas investigaciones microanalíticas

	Serranía de Cuenca			Sobrarbe y Ribagorza («Alto Aragón Oriental»)				
	Reher («La Sierra»)	Mis resultados		Daumas	Mis resultados			
		Serranía Alta	Serranía Baja	Sobrarbe	Ribagorza			
1860-1877	-2,2	-3,4	1,6					
1878-1887	-7,8	1,4	1,7	-8,7	-9,1	-10,7		
1888-1900	-8,3	1,4	1,7	-9,5	-9,1	-10,7		
1901-1910	-3,3	-2,5	-0,1	-8,2	-8,8	-12,7		
1911-1920	-13,0	-15,0	-7,6	3,2	2,0	-3,4		
1921-1930	-8,2	-9,3	-9,1	-10,5	-12,4	-11,9		
1931-1940	-11,8	-14,8	-9,1	-13,9	-16,1	-9,0		
1941-1950	-15,0	-8,9	-13,6	1,3	3,7	-5,3		
1951-1960	-24,7	-17,0	-26,2	-19,7	-27,0	-18,8		
1961-1970	-45,8	-44,2	-43,1	-33,9	-48,5	-35,4		
	Jaraiz de la Vera (Cáceres)		Sierras de La Rioja					
	Gurría	Mis resultados	Alta		Media		Baja	
			Calvo	Mis resultados	Calvo	Mis resultados	Calvo	Mis resultados
1941-1950	-3,2	-0,3						
1951-1960	-7,8	-11,6	-19,2	-21,4	-26,0	-25,6	-34,8	-31,0
1961-1970	-25,4	-29,7	-42,2	-44,8	-67,7	-67,2	-75,7	-74,3
1971-1981	-13,4	-20,9						

OBSERVACIONES:

1. «Mis resultados» para 1878-1887 y 1887-1900 son mis resultados para 1878-1900.
2. «La Sierra» de Reher incluye más territorio que el de Serranía Alta y Serranía Baja, pero creo que la comparación es sensata.
3. La TM de Daumas y Gurría ha sido obtenida restando la TCV por ellos presentada de la TCD que yo he manejado. La TCV de Gurría para Jaraiz de la Vera ha sido calculada como la media sin ponderar de sus comarcas G1-C1 y G2-C2/3.
4. Calvo no presenta datos desagregados para Sierra Rioja Alta, Media y Baja, y tampoco presenta una auténtica TCV. Lo que figura en la tabla es el resultado de aplicar la razón «Saldo migratorio / Saldo demográfico» presentada por Calvo para la sierra riojana a mis datos sobre TCD de cada una de las sierras.

FUENTE: Reher (1988: 137) y elaboración propia a partir de Daumas (1976: 627), Gurría (1985: 258) y Calvo (1977: 100).

de tal crecimiento vegetativo fue un rasgo estructural durante prácticamente un siglo (y probablemente más, ya que quizá con anterioridad a 1860 también estaba presente), las explicaciones en términos de fallos de previsión carecerían de la suficiente solidez.

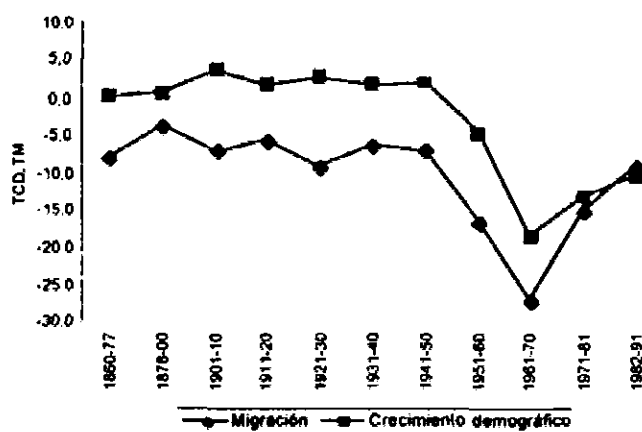
La pregunta clave puede reformularse entonces así: ¿por qué era racional para las familias montañesas la producción de tal crecimiento vegetativo? Considero que la respuesta debe elaborarse en torno a la función económica de los hijos dentro de la familia. Los hijos suponían una carga durante sus primeros años de vida, pero pronto aportaban ingresos o trabajo. Los ingresos podían provenir del trabajo a jornal fuera de la explotación familiar y, de forma compatible con esto, implicar la emigración temporal del joven. El trabajo en la explotación familiar podía ser muy importante, y, en la medida en que la persistencia de este tipo de explotación suele estar relacionada con su redefinición en términos capitalistas a través de la sobreexplotación del trabajo familiar, cabe esperar la presencia de diversos mecanismos institucionales-culturales tendentes a reforzar la autoridad patriarcal y a hacer de la docilidad de la mano de obra juvenil una especie de ventaja competitiva necesaria para mantener posiciones en la división del trabajo. En una etapa posterior del ciclo de la vida, los hijos constituían un seguro para la vejez. Todos estos factores, que sin duda deberán ser dotados en el futuro de un mayor contenido concreto (que se ajuste además a la diversidad de situaciones existentes), habrían contribuido a hacer de los hijos un auténtico bien de inversión, dando lugar a un crecimiento vegetativo que, aunque era excesivo en relación al tamaño demográfico que eventualmente podría acoger la montaña, servía para mantener una estructura por edades poco envejecida. Esta estructura era clave para la reproducción económica y social de las comunidades de montaña. Como también lo era, por completar un cuadro complejo, la emigración de algunos miembros de la unidad familiar una vez llegada la edad adulta. En cualquier caso, esto, más que una conclusión, debe ser punto de partida para la incorporación de experiencias concretas.²²

A partir de 1950, la emigración se aceleró y, con ella, comenzó la despoblación de la montaña. Estos cambios ocurridos en las zonas de montaña deben entenderse en relación a cambios más generales ocu-

22 De entre la abundante literatura que estudia algunos de los aspectos mencionados, ver Pérez Moreda (1997: 244) sobre los hijos como bien de inversión en la España de este periodo, y también el análisis que Moreno (2000: 136) hace de la rotación laboral de las cabañas trashumantes de la montaña riojana del XVIII como resultado de una compatibilidad de los intereses de los ganaderos y las estrategias familiares de los campesinos, así como la exhaustiva revisión que hace Reher (1988: 59-63, 136-139, 230) de la función económica de los jóvenes (de ambos sexos) en la serranía conquense, también ligada a una pauta de rotación generacional.

FIGURA 1

Crecimiento demográfico y migración en la montaña española, 1860-1991



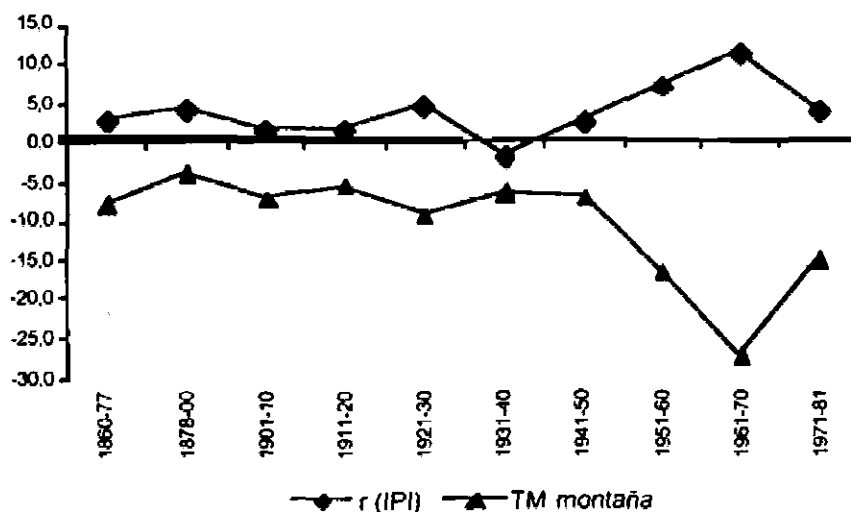
rridos en el sistema económico del que estas zonas formaban parte y, de forma muy especial, en la economía española.²³ El intenso crecimiento que ésta comenzó a registrar por estas fechas supuso, por su carácter espacialmente desequilibrado, un ahondamiento del carácter periférico de las zonas de montaña. La figura 2 y el cuadro 9 se aproximan a esta realidad al mostrar la semejanza cronológica existente entre mi serie propuesta de migración en montaña y el crecimiento de la producción industrial nacional. Ambas variables describen un «movimiento de tijeras», al menos a partir del siglo XX (esto puede ser un elemento que se suma a lo ya dicho sobre las limitaciones de mi propuesta para la segunda mitad del XIX). Los grandes cambios llegaron en el periodo 1950-1970, pero es interesante apreciar que quizá la década de 1920, en la que ambas variables alcanzaron valores hasta entonces inéditos, pudo conocer algunos impulsos, posteriormente frustrados, en este sentido. Todo lo cual remite directamente a nuestros conocimientos generales sobre las migraciones interiores en España.²⁴

El definitivo ahondamiento de la perifерización de la montaña en 1950-1970 supuso unas corrientes migratorias que, desde el punto de

23 Sobre la importancia teórica del nivel nacional en la contextualización de la perifерización de la montaña española, Collantes (2001b).

24 Verlo así en Campo y Navarro (1987: 88), Puyol (1979: 91) y García Barbancho (1974: 122) sobre la aceleración en la década de 1960, Olano (1989: 8, 10) sobre la desaceleración en los años setenta, y García Barbancho (1967a: 10, 44) y Puyol (1979: 90) sobre la relativa intensidad de los años veinte.

FIGURA 2
Emigración en montaña y crecimiento industrial en España



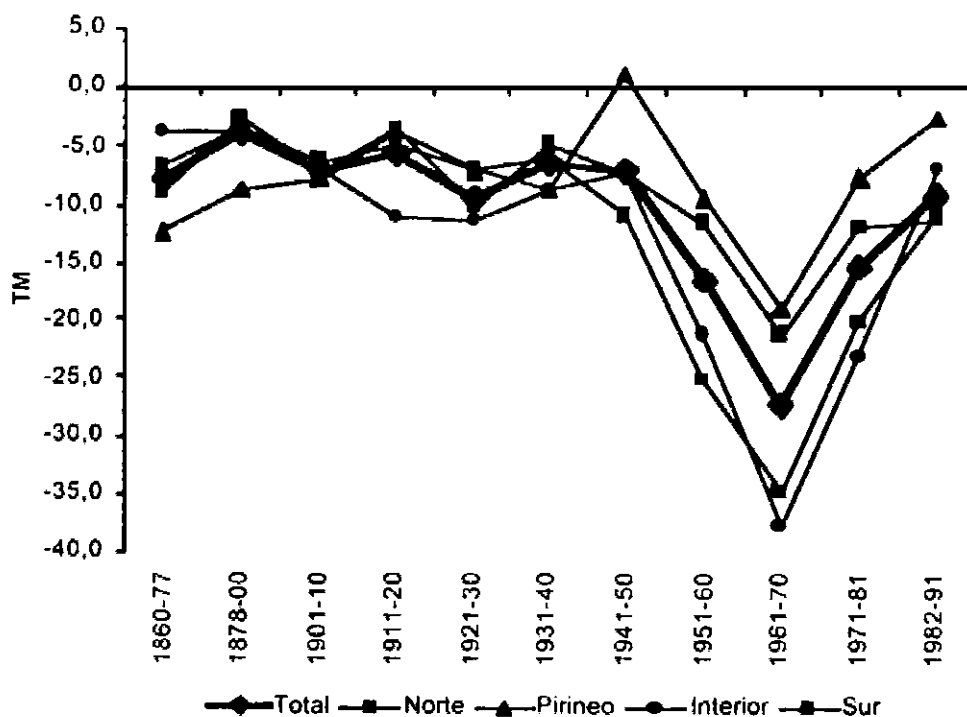
CUADRO 9
Emigración en la montaña y crecimiento industrial en España

	TM en montaña (%)	r (IPI) en España (%)
1860-77	-7,8	2,8
1878-00	-3,9	3,8
1901-10	-7,1	1,4
1911-20	-5,7	1,3
1921-30	-9,4	4,7
1931-40	-6,5	-2,2
1941-50	-7,2	2,4
1951-60	-16,5	6,7
1961-70	-27,3	10,8
1971-81	-15,2	3,5

FUENTE: para la TM de la montaña, cuadro 7; para el crecimiento del IPI, elaboración propia a partir del IPI de Carreras (1989: 192-193).

vista estructural, sirvieron para adaptar geográficamente la fuerza de trabajo a la nueva división del trabajo (en un periodo en el que los núcleos en que se concentraba el crecimiento eran incapaces de producir fuerza de trabajo al ritmo demandado por la acumulación de capital) y, desde el punto de vista individual, fueron un medio de mejora de las condiciones materiales de existencia. Y, por la propia magni-

FIGURA 3
 La migración en la montaña española, 1860-1991: perspectiva comparada



tud de las corrientes, cabe pensar que esta emigración tuvo un abanico de protagonistas más variado que la del periodo anterior.²⁵ Es cierto que la emigración de algunos miembros de la familia hizo difícil la continuidad de ciertas pautas de organización de los procesos de trabajo, pero aún más relevante es que el ahondamiento de la periferización de la montaña alteró la estructura de costes y beneficios de los propios organizadores y de aquellos que, estando próximo en el tiempo el momento de dar el salto a tal posición, se sumaron al carro emigratorio.

Tras el pico alcanzado en los años sesenta, la emigración se ralentizó en las dos décadas siguientes debido al agotamiento biológico de la montaña, una consecuencia directa de los efectos que la migración masiva había tenido sobre la estructura por edades. El carácter selectivo de la migración implicó el envejecimiento, y el envejecimiento afectó a la capacidad de la montaña para mantener sus niveles de cre-

25 En este sentido, Daumas (1976: 631-637) sobre Sobrarbe y Ribagorza, Reher (1988: 141-142) sobre la serranía de Cuenca, o Calvo (1977: 112) sobre la montaña riojana.

cimiento vegetativo. Mientras tanto, en las ciudades comenzaban a incorporarse al mercado laboral los primeros hijos «urbanos» de la emigración masiva, todo un símbolo de la capacidad de los núcleos para generar (ahora sí) su propia fuerza de trabajo. Durante los años ochenta, el crecimiento vegetativo de la montaña se volvió negativo y se convirtió de esta forma en un componente más de la despoblación.

2. El análisis comparado de las pautas migratorias en las distintas zonas de montaña, cuyo punto de partida puede ser la figura 3, refleja, en lo sustancial, una clara uniformidad: hasta 1950, la emigración se mantuvo en niveles moderados y, a partir de esa fecha, fue acelerándose hasta llegar a su máximo en la década de 1960; a continuación, volvió a remitir en su intensidad. La causa de esta uniformidad se encuentra, en mi opinión, en el carácter sistémico de la realidad económica en que se hallaban envueltas las zonas de montaña. Lejos de constituir economías autárquicas, como prueba la historiografía reciente,²⁶ estas zonas participaban de una división espacial del trabajo en la que la dimensión nacional tenía especial relevancia. Así, el crecimiento económico español de los años cincuenta y sesenta supuso el ahondamiento de la periferización de las distintas zonas de montaña y la emigración masiva.

Sin embargo, aunque la cronología muestra rasgos uniformes, la intensidad de las corrientes migratorias de las montañas Sur e Interior fue a partir de 1950 muy superior a las del Pirineo y el Norte. En el caso de la montaña Interior, de hecho, la emigración durante el periodo 1860-1950 ya había sido relativamente alta con respecto al resto de zonas, aun manteniéndose dentro de la pauta de moderación ya comentada. Pero, si durante este periodo hubo unas corrientes migratorias de magnitud discordante con la pauta general, éstas fueron las que salieron del Pirineo en la segunda mitad del XIX. El factor determinante quizá fuera la industrialización catalana. De hecho, como muestra el cuadro 7, la nota discordante es aportada por el sector catalán de la cordillera, y no por el navarro-aragonés. Parece por tanto que, en contraste con lo que se acaba de comentar sobre pertenencia a un mismo sistema económico y respuesta a unos mismos estímulos, parece que existió una vinculación diferencial del Pirineo (catalán) con la (relativamente) precoz industrialización catalana.

26 Quizá las dos referencias más importantes en este sentido sean Domínguez (1996) y Moreno (2001).

Probablemente esto fue así porque la mayor parte de los efectos relevantes dependían aún crucialmente de la distancia,²⁷ cosa que no habría ocurrido tanto en la segunda mitad del siglo XX. Sea como fuere, otra pregunta relevante es por qué, después de la intensidad de estas corrientes migratorias, el Pirineo catalán pasó a ser durante prácticamente todo el siglo XX la zona de montaña con la menor tasa de emigración. ¿Quizá se benefició de efectos de difusión derivados de la proximidad de los núcleos catalanes? Mientras tanto, el Pirineo navarro-aragonés registraba una emigración superior a la del sector catalán, pero, llegada la parte central del XX, la intensificación de las corrientes no fue tan fuerte como en otras zonas.

En el Interior, por su parte, la desagregación por sectores muestra que, a lo largo de casi todo el periodo, fue el sistema Ibérico, y no tanto el Central, el que tiró hacia abajo de la tasa migratoria del macizo. En el Sur, en cambio, la Bética y la Sub-bética experimentaron evoluciones muy parejas a partir precisamente de la parte central del siglo XX, antes de la cual la Sub-bética había sido una zona mucho más emigratoria que la Bética. Finalmente, en la montaña Norte, la uniformidad entre sus diferentes sectores es considerable, y quizá lo más destacable sea el repunte de la emigración en la Galaico-castellana durante la década de 1980, un fenómeno sin parangón en el resto de la montaña española. Por supuesto, todos estos casos merecen una consideración detallada, que sin embargo no puede tener cabida en el presente trabajo.

5. Conclusión

Durante el periodo 1860-1950, la emigración definitiva salida de la montaña se mantuvo en niveles moderados. Ello no quiere decir que se tratara de un fenómeno irrelevante: al contrario, era una pieza básica del modelo de reproducción económica y social de estas zonas. A partir de 1950, sin embargo, este modelo perdió vigencia, fundamentalmente porque el impulso adquirido por el crecimiento de la economía nacional ahondó el carácter periférico de la montaña, lo cual significó, en un primer momento, la aceleración de la emigración hasta niveles muy superiores a los del periodo anterior y, posteriormente (y a pesar de la ralentización de la emigración), la perpetuación de la

27 En este sentido, Daumas (1976: 623).

despoblación debido al signo negativo del crecimiento vegetativo (fruto de los efectos de la emigración masiva previa sobre la estructura por edades). Por regiones, fueron las sierras interiores y meridionales las que presentaron mayores niveles de emigración a partir de 1950, con la particularidad de que las primeras habían acumulado una reserva demográfica mucho menor que las segundas durante los noventa años precedentes y llegaron a este punto de la trayectoria en peores condiciones, lo que las abocó a un proceso de despoblación más intenso. El Norte y el Pirineo registraron menores niveles de emigración en las décadas de los cincuenta y sesenta, pero, en el primer caso, la ralentización de la emigración a partir de entonces no ha sido tan clara como en otros lugares, mientras que, en el segundo, tanto la emigración como las pérdidas poblacionales han sido en las últimas décadas las menos importantes de toda la montaña española.

Bibliografía

- BAILA PALLARÉS, Miquel A.; RECAÑO VALCERDE, Joaquín (1992): «Aproximació a una tipologia demogràfica comarcal a finals del segle XIX: el País Valencià en 1887». En M. LIVI BACCI coord., *Modelos regionales de la transición demográfica en España y Portugal* (Alicante: Instituto de Cultura Juan Gil Albert / Seminari d'Estudis sobre la Població del País Valencià): 183-196.
- CABRÉ, Ana; MORENO, Julio; PUJADAS, Isabel (1985): «Cambio migratorio y 'reconversión territorial' en España», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 32: 43-65.
- CALVO PALACIOS, José Luis (1977): *Los Cameros. De región homogénea a espacio-plan*. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos.
- CAMPO, Salustiano del; NAVARRO LÓPEZ, Manuel (1987): *Nuevo análisis de la población española*. Barcelona: Ariel.
- CARRERAS, Albert (1989): «La industria». En A. CARRERAS coord.: 169-247. — coord. (1989): *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX-XX*. Madrid: Fundación Banco Exterior.
- COLLANTES GUTIÉRREZ, Fernando (2001a): «El declive demográfico de la montaña española, 1860-1991: revisión crítica de propuestas teóricas», *Historia Agraria*, 24: 203-225 (próximamente).
- (2001b): «La montaña española en el desarrollo capitalista, 1860-1991: perifерización segura, difusión condicionada», *Ager. Revista de estudios sobre despoblación y desarrollo de áreas rurales*, 1 (próximamente).
- DAUMAS, Max (1976): *La vie rurale dans le Haut Aragón Oriental*. Madrid: C.S.I.C.

- DOMÍNGUEZ MARTÍN, Rafael (1996): *El campesino adaptativo. Campesinos y mercado en el norte de España, 1750-1880*. Santander: Universidad de Cantabria / Asamblea Regional de Cantabria.
- DOPICO, Fausto (1996): «Censos, movimiento natural y saldos migratorios: una nueva estimación de la natalidad, la mortalidad y la emigración españolas en el último cuarto del siglo XIX». En M. GONZÁLEZ PORTILLA y K. ZÁRRAGA eds.: 15-30.
- ; REHER, David-Sven (1998): *El declive de la mortalidad en España, 1860-1930*. Zaragoza: Asociación de Demografía Histórica.
- ERDOZÁIN AZPILICUETA, Pilar; MIKELARENA PEÑA, Fernando (1996): «Algunas consideraciones acerca de la evolución de la población rural en España en el siglo XIX», *Noticiario de Historia Agraria*, 12: 91-118.
- GARCÍA BARBANCHO, Alfonso (1960): «Los movimientos migratorios en España», *Revista de Estudios Agro-Sociales*, 33: 7-81.
- (1963): «Los movimientos migratorios en España (II)», *Revista de Estudios Agro-Sociales*, 43: 47-88.
- (1967a): *Las migraciones interiores españolas. Estudio cuantitativo desde 1900*. Madrid: Estudios del Instituto de Desarrollo Económico.
- GARCÍA BARBANCHO, Alfonso (1967b): «Las migraciones interiores españolas y su repercusión sobre la población agraria», *Revista de Estudios Agro-Sociales*, 58: 9-31.
- (1974): «Las migraciones interiores españolas en 1961-70», *Revista Española de Economía*, 4 (1): 111-158.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, Jesús (1964): «El movimiento migratorio de trabajadores en España», *Estudios Geográficos*, 95: 139-174.
- GÓMEZ BENITO, Cristóbal; RAMOS RODRÍGUEZ, Eloy; SANCHO HAZAK, Roberto (1987): *La política socioestructural en zonas de agricultura de montaña en España y la C.E.E.* Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- GÓMEZ DÍAZ, Donato (1993): «Mercado de trabajo y flujos migratorios de la población española en 1887. Un método para su análisis a través de los censos», *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, 11 (1): 41-64.
- GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel; ZÁRRAGA SANGRÓNIZ, Karmele eds. (1996): *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*. Bilbao: Universidad del País Vasco.
- GURRÍA GASCÓN, José L. (1985): *El paisaje de montaña en Extremadura (delimitación, economía y población)*. Cáceres: Universidad de Extremadura.
- JIMÉNEZ BLANCO, José Ignacio (1986): «Introducción». En R. GARRABOU, C. BARCIELA y J. I. JIMÉNEZ BLANCO eds., *Historia agraria de la España contemporánea. 3. El fin de la agricultura tradicional (1900-1960)* (Barcelona: Crítica): 9-141.
- MIKELARENA PEÑA, Fernando (1993): «Los movimientos migratorios interprovinciales en España entre 1877 y 1930: áreas de atracción, áreas

- de expulsión, periodización cronológica y cuencas migratorias», *Cuadernos Aragoneses de Economía*, 3 (2): 213-240.
- (1996): «Estructura económica, evolución cuantitativa de la población y balances migratorios de las capitales de provincia españolas en el periodo 1860-1930. Un análisis comparativo». En M. GONZÁLEZ PORTILLA y K. ZÁRRAGA eds.: 87-114.
- MINISTERIO DE AGRICULTURA (1978): *Comarcalización agraria de España*. Madrid: Ministerio de Agricultura.
- MORENO FERNÁNDEZ, José Ramón (2000): «Entre el padre y el patrón. La organización del trabajo trashumante en la montaña riojana (s. XVIII)», *Historia Agraria*, 22: 131-158.
- (2001): «Las áreas rurales de montaña en la España del siglo XVIII: el caso de las sierras del sur de La Rioja», *Revista de Historia Económica*, 19 (número extraordinario): 61-83.
- NICOLAU NOS, Roser (1989): «La población». En A. CARRERAS coord.: 49-90.
- OLANO REY, Alberto (1989): «Hacia un nuevo modelo de migraciones interiores en la población española», *Economistas*, 39: 6-12.
- PÉREZ MOREDA, Vicente (1997): «El proceso de alfabetización y la formación de capital humano en España», *Papeles de Economía Española*, 73: 243-253.
- PUYOL ANTOLÍN, Rafael (1979): *Emigración y desigualdades regionales en España*. Madrid: E.M.E.S.A.
- REHER, David-Sven (1988): *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca. 1700-1970*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas / Siglo XXI.
- (1997): «Fuentes para el estudio de la población». En R. PUYOL ed., *Dinámica de la población en España. Cambios demográficos en el último cuarto del siglo XX* (Madrid: Síntesis): 21-46.
- RÓDENAS CALATAYUD, Carmen (1994): *Emigración y economía en España*. Madrid: Civitas.

Apéndices

A1. Relación de comarcas de montaña estudiadas

Partiendo de la delimitación oficial, a nivel municipal, de las Zonas de Agricultura de Montaña²⁸ (ZAM) y de la comarcalización agraria del Minis-

28 Recogida en Gómez Benito y otros (1987). A los criterios orográficos en que se basa esta delimitación oficial, he añadido otros de carácter socioeconómico (tamaño

terio de Agricultura,²⁹ he seleccionado aquellas comarcas íntegramente compuestas por municipios ZAM y algunas otras en las que el peso superficial de dichos municipios es muy considerable (superior siempre al 80%). Con esas comarcas he formado cuatro grandes agregados de zonas de montaña: Norte, dividido a su vez en montaña galaico-castellana, astur-leonesa y cantábrica oriental; Pirineo, con sus dos sectores, navarro-aragonés y catalán; Interior, compuesto por el sistema Central y las zonas norte y sur del sistema Ibérico; y el Sur, en el que distingo la cadena bética de la sub-bética. Ésta es la composición por comarcas agrarias de cada una de estas subregiones:

Galaico-castellana: Interior (Pontevedra); Barco de Valdeorras, Verín* (Orense); Sanabria* (Zamora); Montaña (Lugo); Bierzo*, La Cabrera (León).

Astur-leonesa: Montaña de Luna, Montaña de Riaño (León); Vegadeo, Luarca*, Cangas de Narcea*, Grado*, Belmonte de Miranda, Mieres, Llanes, Cangas de Onís (Asturias).

Cantábrica Oriental: Guardo, Cervera, Aguilar (Palencia); Liébana, Tudanca-Cabuérniga, Pas-Iguña, Asón, Reinosa* (Cantabria); Merindades* (Burgos); Cantábrica, Estribaciones Gorbea, Montaña Alavesa (Álava).

Pirineo navarro-aragonés: Cantábrica-Baja Montaña*, Alpina (Navarra); Jacetania, Sobrarbe, Ribagorza* (Huesca).

Pirineo Catalán: Valle de Arán, Pallars-Ribagorza, Alto Urgel, Conca, Solsones* (Lérida); Bergada* (Barcelona); Cerdaña, Ripolles (Gerona).

Ibérica Norte: Demanda* (Burgos); Sierra Rioja Alta, Sierra Rioja Media, Sierra Rioja Baja (La Rioja); Pinares, Tierras Altas y Valle del Tera (Soria).

Central: Jaraiz de la Vera* (Cáceres); Barco de Ávila-Piedrahita, Gredos, Valle Bajo Alberche, Valle del Tiétar (Ávila); Segovia* (Segovia); Lozoya Somosierra* (Madrid); Arcos de Jalón (Soria), Sierra (Guadalajara).

Ibérica Sur: Molina de Aragón, Alcarria Baja* (Guadalajara); Serranía Alta, Serranía Baja (Cuenca); Rincón de Ademuz, Alto Turia* (Valencia); Serranía de Albarracín, Serranía de Montalbán*, Maestrazgo (Teruel); Alto Maestrazgo, Peñagolosa* (Castellón).

Bética: Sierra Alcaraz, Sierra Segura (Albacete); Noroeste* (Murcia); Sierra de Segura, Magina*, Sierra de Cazorla, Sierra Sur (Jaén); Montefrío, Huéscar* (Granada); Los Vélez (Almería).

poblacional, capitalidad de partido judicial y relación del porcentaje de población activa agraria con el porcentaje a nivel provincial, en 1900 y 1960) tendentes a excluir aquellos municipios que históricamente han presentado un carácter urbano claro.

29 Ver Ministerio de Agricultura (1978).

Sub-Bética: La Costa*, Las Alpujarras, Valle de Lecrín (Granada); Río Nacimiento, Campo Tabernas*, Alto Andarax (Almería).

Las comarcas con el asterisco son aquellas que tienen algunos municipios que no son zonas ZAM. Los datos de población se refieren exclusivamente a la parte ZAM de estas comarcas.

A2. Correspondencia entre comarcas agrarias y partidos judiciales (1887)

Se listan los partidos judiciales y, entre paréntesis, las comarcas agrarias correspondientes.

Galaico-castellana: Cañiza, Puente Caldelas (Interior); Puebla de Trives, Valdeorras, Viana del Bollo (Barco de Valdeorras); Bande, Verín (Verín); Puebla de Sanabria (Sanabria); Becerreá, Fonsagrada (Montaña); Ponferrada*, Villafranca del Bierzo (Bierzo, La Cabrera).

Astur-leonesa: Murias de Paredes, Riaño, La Vecilla (La Montaña de Luna, La Montaña de Riaño); Castropol, Luarca (Vegadeo, Luarca); Cangas de Tineo, Tineo (Cangas de Narcea); Pravia (Grado); Belmonte (Belmonte de Miranda); Labiana, Lena (Mieres); Llanes, Cangas de Onís (Cangas de Onís, Llanes).

Cantábrica oriental: Cervera de Pisuerga (Guardo, Cervera, Aguilar); Potes (Liébana); Cabuérniga (Tudanca-Cabuérniga); Villacarriedo (Pas-Iguña); Ramales (Asón); Reinosa* (Reinosa); Villarcayo (Merindades); Amurrio (Cantábrica, Estribaciones Gorbea**, Montaña Alavesa**).

Pirineo navarro-aragonés: Pamplona* (Cantábrica-Baja Montaña); Aoiz (Alpina); Jaca (Jacetania); Benabarre, Boltaña (Sobrarbe, Ribagorza).

Pirineo catalán: Viella (Valle de Arán); Sort, Tremp (Pallars-Ribagorza, Conca); Seo de Urgel (Alto Urgel); Solsona (Solsones); Berga (Bergada); Puigcerdá (Cerdaña, Ripolles).

Ibérica Norte: Salas de los Infantes (Demanda); Torrecilla en Cameros (Sierra Rioja Alta**, Sierra Rioja Media, Sierra Rioja Baja**); Ágreda*, Soria* (Pinares, Tierras Altas y Valle del Tera).

Central: Jarandilla* (Jaraiz de la Vera); Barco de Ávila, Piedrahita (Barco de Ávila-Piedrahita, Gredos); Arenas de San Pedro, Cebreros (Valle Bajo Alberche, Valle del Tiétar); Segovia*, Sepúlveda (Segovia); Torrelaguna (Lozoya Somosierra); Medinaceli (Arcos de Jalón); Atienza, Cogolludo, Sigüenza (Sierra).

Ibérica Sur: Molina (Molina de Aragón); Sacedón (Alcarria Baja); Cañete (Serranía Alta, Serranía Baja); Chelva (Rincón de Ademuz, Alto Turia); Albaracín (Serranía de Albaracín); Aliaga, Montalbán, Mora de Rubielos (Serranía de Montalbán, Maestrazgo); Morella (Alto Maestrazgo); Lucena (Peñagolosa).

Bética: Alcaraz (Sierra Alcaraz); Yeste (Sierra Segura); Caravaca (Nor-este); Orcera (Sierra de Segura); Alcalá la Real, Huelma, Mancha Real* (Magina, Sierra Sur); Cazorla (Sierra de Cazorla); Montefrío (Montefrío); Huéscar (Huéscar); Vélez-Rubio (Los Vélez).

Sub-bética: Gérgal (Río Nacimiento); Sorbas (Campo Tabernas); Canjáyar (Alto Andarax); Albuñol, Motril*, Órjiva, Ugíjar (La Costa, Las Alpujarras, Valle de Lecrín).

En los partidos judiciales con asterisco, he excluido la capital, por no ser zona de montaña y existir así la posibilidad de distorsión en los resultados. Para las comarcas agrarias con dos asteriscos, ningún partido judicial era suficientemente representativo; he optado entonces por asignarlas los valores de sus comarcas vecinas.

A3. Incidencia de los sucesos vitales protagonizados en las capitales de provincia por no residentes

	1951-1960	1961-1970	1971-1981	1982-1991
N	1.472.082	2.130.463	2.660.902	1.568.525
N*	175.324	581.534	1.513.046	1.000.065
N*/N (%)	11,9	27,3	56,9	63,8
D	731.670	840.496	1.132.314	1.127.142
D*	30.321	54.966	157.530	284.040
D*/D (%)	4,1	6,5	13,9	25,2
V	740.412	1.289.967	1.528.588	441.383
V*	145.003	526.568	1.355.516	716.025
V*/V (%)	19,6	40,8	88,7	162,2

OBSERVACIONES:

1. N y D son los nacimientos y defunciones de residentes en la capital.
2. N* y D* son los nacimientos y defunciones ocurridos en la capital pero protagonizados por no residentes en la capital.
3. V: crecimiento vegetativo de los residentes en la capital = N - D.
4. V*: crecimiento vegetativo de los no residentes en la capital pero que nacieron/murieron en la capital = N* - D*.

FUENTE: Movimiento Natural de la Población, 1951-1991.

